

me pusieron mi amarga y continuada leyenda de los detestables libros de caballería».

«Yo conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma». A On Panta no nos lo pinta Latorre en lindero de morir, cuando cae destrozada su mentira, cuando de improvviso se esfuman sus ilusiones; cuando sus perros, soñando también como él, con presas nunca logradas, en vez de dar cuenta de un puma imposible o de un sagaz culpeo, se ensañan con el ridículo león embalsamado, sustentador de sus ficciones; cuando ve que el pobre pellejo apolillado, suelta el aserrín de su relleno.

«Ahí, sobre esos restos—comenta Latorre—ha muerto quizás el otro puma, hecho de frágil ensueño, que escogió su delirio como guarida. No sé por qué pienso que en esa trágica inmovilidad del anciano (alude al momento en que On Panta se queda clavado en su sitio contemplando los restos de su león) se incubaba una nueva conciencia, una chispa de comprensión que abrasará su demencia, purificándola».—ROBERTO VILCHES ACUÑA.



«LUZ EN SU TIERRA» de *Raúl González Labbé*

La Editorial rancaguina «Talamí» acaba de lanzar a la circulación una nueva obra del celebrado autor de «Chépica», Raúl González Labbé, quien ahora incursiona en el difícil género del ensayo, ofreciéndonos «Luz en su tierra». El título es evocador y sugerente. En 83 nutridas páginas, el autor nos ofrece un magnífico y certero mosaico de la vida, trayectoria y muerte del que fuera uno de los más grandes poetas de la última generación chilena: Oscar Castro Zúñiga.

Raúl González Labbé es tal vez la voz más autorizada para hablarnos del poeta desaparecido prematuramente. Fué uno

de sus amigos más dilectos y el que más cerca estuvo siempre del extinguido autor de «Camino en el alba» y tanta hermosa obra salida de su pluma privilegiada que jamás hizo concesiones al vulgo o a las modas literarias.

«Luz en su tierra», con breve prólogo de Augusto d'Halmar, además de hablarnos del medio en que vivió y murió el poeta rancagüino, de sus luchas silenciosas, de sus pequeñas alegrías en medio de un reducido grupo de amigos que se cobijaban bajo el sugerente nombre de «Los inútiles», nos obsequia también con algunos poemas inéditos que el autor del libro que comentamos conserva amorosamente y que no ha querido guardar para sí.

La poesía de Oscar Castro ha quedado como una maravillada y musical estela, como una perenne huella de su paso por la tierra. Así lo ha comprendido Raúl González. Y así lo han comprendido todos los que llegaron hasta el corazón del poeta a través de su poesía. Si la carne es transitoria, no lo es el pensamiento cuando alcanza la altura necesaria que sólo puede conceder el talento a sus elegidos.

Oscar Castro Z., además de un poeta de indiscutibles méritos, fué también un hombre en el sentido más amplio y noble del vocablo. De una entereza ejemplar, de una ecuanimidad poco común, supo mantenerse libre y desprejuiciado en un mundo en que los hombres se encadenan mutuamente. Todo eso lo ha observado Raúl González Labbé y nos lo da a conocer con certeros y sugerentes rasgos. En resumen, «Luz en su tierra» es una obra necesaria para conocer más de cerca, algo de la intimidad de uno de los escritores más fecundos de la actual generación. Oscar Castro era un introvertido. Hermético con los que no cabían dentro del reducido círculo de sus amigos. Por eso, González Labbé está en una situación privilegiada para darnos a conocer algunos rasgos del poeta fallecido. Pero reconocemos que falta mucho todavía para estudiar a fondo el alma, para bucear en la hermética y complicada psicología de Oscar Castro. Un hombre común, por lo general, es un caos. ¿Qué no será un artista, un

hombre de sensibilidad hiperestesiada, que recoge todas las alegrías, desgarraduras y dolores con centuplicada intensidad? Pensamos que «Luz en su tierra» es el primer libro que se ha escrito sobre Castro. Vendrán otros, más tarde. Este, el que comentamos, tiene la frescura, la sencillez y la pureza que sólo pueden proporcionar uno de los más grandes dones de que puede disfrutar el hombre: la amistad.—GONZALO DRAGO.



«LA ESPAÑA QUE VI Y VIVÍ», por *E. Rodríguez Mendoza*

Con la acostumbrada exuberancia que le da su prodigiosa vitalidad literaria y humana, rompe su silencio editorial de cuatro años (los que van desde la publicación de su «Miranda el Visionario»—Buenos Aires—1944) el conocido escritor y diplomático don Emilio Rodríguez Mendoza, entregándonos su más reciente obra, «La España que vi y viví». Hemos querido hablar deliberadamente de pausa editorial, no literaria, porque este infatigable hombre de letras se encarga de señalarnos periódicamente, con el semáforo atrayente y luminoso de sus artículos quincenales de «El Mercurio», la presencia de su mente atenta y vigilante sobre el acontecer mundial o nacional, en interesantes crónicas de sabrosa presentación y de jugosa esencia.

Esta vez ha transferido a un denso volumen, elegantemente editado por Nascimento, su experiencia directa sobre la realidad española en el período de 1925 a 1930, mientras desempeñó, con acierto unánimemente reconocido, sus funciones de primer embajador de Chile en España. A él le cupo el honor de ver ascendida a Embajada nuestra representación diplomática en la Península, deferencia ésta del gobierno español a la que no han sido ajenos los méritos y la prestancia intelectual del autor de «La América Bárbara».

Comienza el libro haciéndonos asistir a su retorno a España